

---

---

## MADRES QUE SON Y MADRES QUE DEBEN SER.

---

### I.

En la opulenta alcoba, frente á la luna de Venecia, está la señora dando la última pincelada á su tocado de baile.

Su hermoso busto, de una maravillosa pureza de líneas, surge de los encajes como la realización de un ensueño. Los diamantes ríen orgullosamente sobre el cuello de lirio de la dama; las flores acarician con deleite la áurea seda de sus cabellos, y ella sonríe con satisfacción, de verse tan joven aún, tan bella, á pesar de ser madre ya, de ese chiquitín flacucho y enfermizo que la fastidia desde la estancia inmediata, con sus inacabables gemidos.

Termina por fin la tarea laboriosa de ponerse *irresistible*, y dando la última mirada al espejo, dispone que se le avise al señor que se halla lista para salir.

Cuando la dama ha partido, la camarera comienza á arreglar esos mil objetos que las mujeres ponen en desorden para convertirse—nuevas crisálidas—en resplandecientes mariposas de impalpables alas.

El ruido de los pasos y el frou-frou de la seda se ex-

tinguen al fin, en el silencio majestuoso de la noche; los señores están ya lejos. La camarera acaba de arreglar todo en el cuarto-tocador, y pasa á la próxima alcoba, á donde entra de puntillas.

En el fondo, sobre una camita blanca, yace un niño extenuado y pálido por la enfermedad.

Hace muchos días que está allí, atenaceado por el dolor sombrío que le agota las fuerzas, y que, despiadado, le roba la vida.

Una lamparilla de noche, ilumina tristemente con su claridad vacilante, ese conjunto fatídico que ofrece el cuarto de un enfermo, próximo á alcanzar los umbrales de un mundo mejor. . . . .

El niño pasea á su alrededor la dulce mirada de sus ojitos candorosos, brillantes por la fiebre, orlados ya con las pálidas violetas de la tumba.

Junto á la cama hay dos mujeres de rostros vulgares y duros, que dormitan á intervalos, sin cuidarse de las angustias del enfermito.

—¡Mamá! ¡Mamá! grita el niño, dame agua. . . .

Pero mamá no está allí, junto al lecho de su hijo, que se muere; mamá ha ido al baile á ser la reina de los salones, á avasallar con su hermosura, á arrancar miradas de admiración, á llenar de rabioso despecho el corazón de las *amigas, que la saludan, besándola cariñosamente* en las mejillas. Va á que le rindan tributo, á embelesarse con el inofensivo (?) flirteo de los caballeros almibarados que se disputan su conversación, á lucir el ideal traje hecho según los últimos modelos (primorosa encuadernación de ese libro frívolo y tonto).

Por eso mamá no está allí junto al inocente, que en la inconsciencia de la agonía, la llama, la busca, sin encontrarla.

¡Pobre ángel! No ha probado jamás la felicidad de los niños que tienen madre. . . . no ha recibido de ella una cariçia, un tierno beso de amor. . . . . ¡Son tan sucios los niños! Podría mancharle el traje, deshacerle el peinado. Allí estaba la niñera, que tenía obligación de soportarlo. Para eso le pagaban. . . . .

Bebé sólo había deshojado las rosas de tres primaveras; era muy pequeñito; no comprendía la amargura de la vida, y ya la había sentido; no se la explicaba, y ya le carcomía, implacable, su corazoncito delicado.

El no había alegrado nunca la casa, no había sido la felicidad de sus padres. . . . . Traía consigo el *estigma* de los desheredados de la suerte. . . . .

Cuando nació, tuvo su madre un gran pesar, porque ese hijo inoportuno venía á interrumpir su encantadora vida llena de placeres, de alegrías febriles. Venía á desfigurar un talle que fué la seducción de los hombres y la desesperación de las mujeres. Venía á marchitar su cutis, hecho con las rosas de Mayo, á importunarla con sus tontas impertinencias de chiquillo, á turbar, en fin, aquella existencia artificial que tanto amaba la dama.

El padre, demasiado ocupado en negocios de alta categoría, y lo bastante serio y grave para descender á lo que él llamaba: *ciertos detalles*, no pensó nunca en aquel pobre angelito que el Padre universal confióle como depósito sagrado. . . . .

Son las once de la noche; en la alcobita colgada de cortinas blancas, se oye la fatigosa respiración del enfermito.

Junto á la cama hay tres personas: las dos criadas y un hombre de semblante reflexivo y pálido, que se apoya pensativamente en el mármol de la mesa de noche. Es el doctor. No hay nadie más en la alcoba; no hay

un semblante que interroga ansioso con la mirada; no hay una mano blanca y suave que tome las del enfermito, que le consulte amorosamente el pulso, que aparte los cabellos rubios que une á sus sienes el sudor frío de la muerte...! Pobre ángel robado al cielo y rescatado tan tempranamente! Van á acabarse sus penas... Ya la eterna vencedora, esa trágica, que espía en la sombra todo lo que canta, todo lo que vuela, todo lo que alegra, todo lo que perfuma, lo mira fijamente con las cuencas vacías de sus ojos sin luz, ávida de estrujar entre los huecos de su férrea mano, ese pobre cuerpecillo pálido, y ocultarlo entre los pliegues de su negro manto, para volar con él por los espacios infinitos...! Y no hay nadie que lo defienda, nadie que lllore por él, nadie que implore la piedad del cielo! La niñera, llena de fastidio y de aburrimiento, medio echada en un sillón, duerme, aprovechando los momentos en que el doctor medita.

El niño, con los bracitos extendidos, busca algo que no encuentra, y de su enflaquecido pecho se escapa el estertor de los moribundos.

El doctor se adelanta de puntillas y lo mira, ¡no hay remedio! ¡La muerte ha cogido bien su presa! Toma las manecitas que están ya frías y abandona la pluma que tenía dispuesta para recetar.

La lamparilla parpadea siniestramente en la triste alcoba; el niño entreabre sus labios secos y descoloridos, extiende una vez más los bracitos y luego... nada...! ha emprendido su viaje al cielo...!.

El reloj da las cuatro de la mañana; por el balcón entreabierto, llega claramente el eco de varias voces y alegres carcajadas; luego el golpe de la portezuela de un coche al cerrarse, y después una voz juvenil y fresca se hace oír entre un campanilleo de risas.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué lance tan chusco! ¡Adiós Lilia, no faltes mañana!

Dos besos cortan la conversación, y por último, se escuchan pasos en la escalera.....

Es que los señores llegan del baile....

## II.

¡Pobres niños más huérfanos aún que los efectivamente huérfanos!..... ¡No han conocido jamás á su madre, teniéndola tan cerca! ¡No saben de lo que es capaz el inefable amor maternal, porque no vienen al mundo para ser dichosos, porque no vienen á ser la sonrisa del hogar, el rayo de luz que ilumina las brumas del espíritu, no vienen á ser el dulce lazo hecho de flores, que junta más aún dos corazones, unidos ya por el amor. Vienen á ser el *grillete miserable* que arrastran dos presidiarios condenados á cadena perpetua.....

No vienen á formar el encanto de la que les dió el ser, sino á pesar amargamente en su corazón, á impedirles seguir con libertad esa vida llena de placeres *morbosos*, de alegrías malsanas, que agotan y enervan á la vez, el cuerpo y el alma.....

Ese hijo malhadado viene á recordar á la madre que ya no es joven, que pronto no será bella, porque su cutis ha perdido ya algo de su incomparable frescura, porque su talle va á deformarse.... y..... ¡ay! ¡con qué amargura infinita se lo confiesa íntimamente!—no será ya, como en otros tiempos, la reina absoluta de los salones.....

¿Cómo librarse del peligro inminente que la amenaza? ¿Cómo prevenir los innumerables disgustos que la maternidad trae consigo?

¡ Ah! Entonces la dama que tiene horror al dulce título de *madre*, que no quiere tener nada de común con ese niño impertinente, para poner á salvo su belleza y su tranquilidad entrega á su propio hijo en brazos que se venden, y lo entrega recién nacido, indefenso, débil, lo entrega cuando necesita de más cuidados, de más ternura, de más amor. . . . .

Entonces comienza para el niño ese calvario doloroso que conllevan los seres sin madre. Entonces comienza á probar tempranamente todas las hieles de la vida.

Entregado á la voluntad de un ente vulgar; sin delicadeza de alma ni sentimientos elevados, amolda á él, primeramente su naturaleza física, luego su parte moral, y por último, su aspecto intelectual y aun sus apreciaciones estéticas.

En los primeros meses de su vida, el niño no sufre sino aquello que afecta puramente la parte material. La niñera no quiere, no puede sufrir oírlo llorar, porque cree que llora por maldad, y para librarse de tal molestia, procura dormirlo; aunque para lograr tal fin, emplee los medios más reprobados, desde la canción vulgar y monótona con que á veces lo anestesia, hasta las drogas venenosas que producen sueño febril.

Cuando el niño crece, cuando su discernimiento empieza á abrirse como una flor nueva, ávida de luz y de caricias, la niñera tiene la triste habilidad de alimentarlo con todas las perversidades, todas las malevolencias, todas las preocupaciones, errores, manías y extravagancias de que está plagado su espíritu burdo é inculto de mujer vulgar.

El niño educado en esa escuela cruel, está, en los albores de su vida, iniciado ya en mil detalles asquerosos, sabe toda clase de malas palabras que repite á so-

las, con la fruición que acompaña á las cosas prohibidas, ejecuta multitud de acciones perversas que dejan en su alma de lirio en flor, una huella fatal y tenaz como el remordimiento.

En ese medio ambiente crecen y alientan muchos seres deformes de alma y de cuerpo; de allí salen los hombres escépticos, las mujeres coquetas y frívolas, los irresolutos, los débiles, los enfermos que arrastran penosamente la carga de la vida, incapaces de formar un hogar dichoso, ni probar tantas felicidades ignoradas.

¡ Pobres niños! ¡ Pobres flores muertas al nacer! ¡ Pobres ángeles que caminan por el mundo con las alas rotas!

Como contraste *potente* de ese cuadro monstruoso en el que se delinean sentimientos que parece imposible se alberguen dentro de una alma femenina, voy á referir un hecho que pone de manifiesto la belleza genuina del corazón de una madre, colocada en idénticas circunstancias.

### III.

En uno de los florecientes Estados de nuestra República, iban á celebrarse unos animados juegos florales, en los que habían tomado parte los más selectos poetas mexicanos.

El vate agraciado con la flor natural, eligió como reina de ese torneo de la inteligencia, á la esposa del Gobernador, no como pudiera creerse por la posición social que ocupaba la dama, sino porque unía á su delicada hermosura, una bondad y talento poco comunes.

La noche en que debía celebrarse la simpática fiesta, estaba la señora en su alcoba y había acabado de vestirse un sencillo y elegante traje, que realzaba graciosamente su aristocrática belleza.

Arrellenado indolentemente en una muelle butaca, estaba el Gobernador acariciando tiernamente á su hijo, pequenuelo sonrosado y mofletudo, que saltaba alegremente sobre las rodillas del cariñoso papá.

La mamá miraba con delicia inefable al tierno querubín, que reía locamente, mostrando entre las flores vivas de sus labios, sus dienteccillos blancos.

Encantados los felices padres con la charla inimitable de su pequeño, no habían advertido que el coche enganchado ya, los esperaba hacía largo rato.

Repentinamente el niño palidece, sus manecitas se enfrían, y con gemidos angustiosos, da á entender que algún sufrimiento lo acosa. La señora se alarma, y sin temor de estropear su lindo traje, acuesta al niño sobre su regazo, interrogando ansiosa con los suyos, los ojos color de *no me olvides* del hijo de su alma que se debate cruelmente en convulsiones dolorosas.

Inmediatamente van á avisar al doctor, mientras la señora, procurando en vano retener las lágrimas que anegan sus ojos, queda junto al enfermito adorado, para atenderlo solícita.

Toda la casa se ha puesto en desorden; los criados entran y salen confusamente, trayendo y llevando mil cosas que ni siquiera han sido pedidas. Las hermanas de la señora, que idolatran al interesante rapaz, rodean la camita y consuelan á la doliente madre, á quien siglos se antojan los minutos que tarda en llegar el doctor. Por fin llega éste, acompañado del Gobernador, que se esfuerza en disimular su cruel impaciencia, y se acercan ambos á ver al niño.

El doctor receta; no ha sido nada de peligro: una ligera indisposición que pronto cederá con la aplicación de las medicinas que prescribe. La pobre madre, en me-

dio de su congoja, recompensa la eficacia del doctor con una sonrisa celestial.

En efecto; el niño, después de tomar los medicamentos, y reposar un poco, acaba por reclinar la linda cabecita rubia sobre los almohadones, y duerme tranquilamente.

Entretanto se ha hecho tarde: el reloj da las once.

—Vamos, aun es tiempo—dice el esposo cariñosamente—podremos estar á buena hora. ¿Te decides? Ya dejamos calmado á este picaruelo.

—¡No, imposible!—replica vivamente la señora—no dejo á mi pobre ángel ni por todo el oro del mundo. Si tú quieres, puedes ir. Yo le velaré su sueño.

—¡Ni pensarlo! ¡Ir sin tí! Ya podrán pasarse sin nosotros por esta vez.

Y enlazando con ternura el talle de su esposa, se ponen ambos á ver dormir al infante, que en sus azules ensueños no sabe si los ángeles, tomando la figura de sus padres, están velando á su lado, ó si estos amorosos guardianes, convertidos en ángeles, lo transportan á las regiones celestes.

.....  
¡Ah!—pensamos al terminar esta narración;—¡aun hay almas buenas sobre la tierra! ¡Todavía existen verdaderas madres que saben velar por sus hijos!

Afortunadamente esas madres *monstruos*, son casos patológicos, en el organismo social, son excepciones, horrendas; pero excepciones al fin.

Y pensar que la mujer tan delicada, tan débil, un ser tan frágil como un hermoso bibelot de Sèvres, tiene en su mano el destino de muchos futuros ciudadanos, de muchos hombres que, ella, á voluntad, puede hacer buenos ó malos, útiles ó nocivos, sanos y vigorosos ó tristemente abyectos y miserables.....

Ella, con una palabra, con un gesto, con una mirada, puede convertir al pequeño criminal nato de que habla Lombroso, en el ser noble que el medio ambiente social purifica y perfecciona, volviéndolo apto para cumplir y llenar su misión.

Pero ¡qué tremenda responsabilidad contrae esa madre, si en lugar de encauzar, desborda, si en lugar de aplacar, excita, si en lugar de extirpar, alienta los malos instintos de la bestiecilla que dormita en el fondo de los espíritus infantiles!

Qué cuenta dará el Gran Día al Supremo Juez, cuando le pregunte: mujer, ¿qué has hecho de tu hijo? Yo te entregué un ser débil, inofensivo, apto para el bien, propio para la perfectibilidad moral. ¿Qué has hecho de él? Hé aquí cómo me lo devuelves: Lo has tornado vicioso, prevaricador, criminal; has sembrado en su alma la mala semilla, y como era tierra virgen, fértil y sana, ha producido incalculables frutos..... ¡Madre, no has cumplido tu misión.....! ¡Que mi anatema caiga eterno sobre tu cabeza.....!

#### IV.

Si queréis hombres sanos de cuerpo y de espíritu, volved á la mujer apta para ser madre; hacedla buena, sensible, trabajadora, y sobre todo, moral. La mujer así, será la mujer fuerte, será la roca que azoten vanamente las tempestades mundanas sin desquiciarla jamás, sin doblegarla nunca á la fiereza del infortunio, ni á las hipócritas insinuaciones del mal.

La mujer moral no perderá nunca la fe, esa columna florida de que habla el poeta, y á la cual nos abrazamos todos sobre la tierra.....

La mujer moral no temerá nunca manchar su alba veste con el cieno del mundo. La mujer moral formará hijos á su imagen y semejanza, hijos que como ella, no sucumban jamás á los embates de la desgracia.

Instruid también á la mujer. La mujer instruída no caerá nunca en los abismos sombríos de la decantada despreocupación, que como otro *wertherismo*, es el terrible mal de nuestro siglo.

La mujer verdaderamente instruída, sabrá oportunamente detenerse en los linderos en que se acaba la virtud y empieza el vicio.

La mujer ha sido formada esencialmente para el hogar. Dios la hizo de cantos, de perfumes, de miel, de pétalos de lirios blancos; tiene la armonía, la dulzura, la pureza, el ritmo.

Dejémosla en el santuario en donde ella, como reina absoluta, impera; pero dejémosla sin alterar su divina esencia, sin empañar el cristal de su alma, sin enturbiar la hermosa serenidad de su espíritu.

Quede la mujer guardada en su hogar como gema preciosa; consérvese como joya de oro purísimo, como delicado jarrón de cristal de Bohemia, que manos indiscretas pudieran opacar ó romper.

La mujer no ha sido hecha solamente para lucir en los salones su belleza física, flor frágil que vive como sus hermanas, las rosas, el espacio de una mañana. Ha sido formada para derramar en torno suyo, bajo sus múltiples aspectos de hija, esposa y madre, los incomparables dones de su naturaleza exquisita, las inagotables ternuras de su corazón ideal.

Si sacáis á la mujer de ese medio, si la convencéis de que fascina con su sonrisa, de que enloquece con su palabra, de que avasalla con su mirar, la veréis convertir-

se en la diosa coqueta, fría, vana, frívola y tonta, á quien para complacer, es necesario incensar, á quien para agradar, es preciso adular y mentir.

No conocerá entonces otro amor, otro culto, otro objeto en la vida, que el amor á sí propia, el culto á su belleza, el objeto de hermosearse exteriormente, dejando sucio, asqueroso y pestilente el camarín de su alma!

Entregada la mujer á esa ciega egolatría, petrificará su corazón y ensordecera su entendimiento, y cuando se toque aquél, no sentirá; y cuando se llame á éste, no responderá.

¡Pobre mujer entonces! Tu virtud será tan deleznable, que una mano audaz puédelo romper y destruir, y cuando la vejez te ponga nieve en los cabellos blondos y frío de tumba en el corazón, cuando hayas perdido tus encantos—cetro con que reinaste despóticamente—cuando tu faz, marchita por el tiempo, se resista cruelmente á los afeites, los que te adulaban te volverán la espalda, los que te mentían, te abandonarán... ¿Lisonjearán acaso á una asquerosa momia viviente?

Buscarás entonces tu hogar; pero ¿qué hogar, si nunca lo formaste?

¿Si los hijos que debieron ser fragmentos de tu alma, son como remordimientos vivos que te obsesionan terriblemente la conciencia?

¡Oh planta egoísta y estéril que todo lo atesoró para sí!

.....  
Y entonces tú ¡oh pobre mujer descarriada! maldecirás á esa humanidad ingrata á quien tú enseñaste á ser así, á quien tú enseñaste á mentirte, de quien esperas siquiera compasión; pero que nada podrá darte, porque nada recibió nunca de tí.

¡Oh hermosa joven que revoloteas alegre en torno de las luces cintilantes y engañosas del placer, recoge las alas blancas, porque al fin llegarás á quemarlas!

Cierra el sagrario de tu inocencia, no des oídos á las palabras insidiosas del mal. Prepárate á continuar en la sociedad y en la humanidad entera, el hermoso papel que desempeñas en la familia, ¡oh eterna vencedora, distribuidora universal de paz y amor.....!

México, 11 de Julio de 1903.

ANA MARIA VALVERDE.